

negocio desagradable; pero la reina sabe que sois adicto á ella, y está segura de que daríais alegremente la vida por servirla.

—En eso me hace justicia,—respondió el page,—porque no tengo ni una gota de sangre que no le pertenezca.

—Pues bien, señor! Orad, porque ha llegado la hora en que hagais á la reina ese sacrificio.

El page palideció y retrocedió algunos pasos.

—Mientes!—le dijo,—la reina Isabel no puede querer mi vida.

Andrés calló.

Esperaba que ese primer movimiento diese paso á la resignacion.

Arnoldo, por su parte, se imaginó que era una prueba que queria hacerle sufrir su real querida, á fin de estar bien segura para el porvenir, de su discrecion, y de su cariño.

Bajo el imperio de esta idea replicó:

—Lo que quiera la reina yo lo quiero; pero si es fuerza que muera yo de su orden, que á lo ménos me la dé por su real boca.

—Eso no es posible, señor. Encomendad vuestra alma á Dios.

Arnoldo, ya espantado por el siniestro lenguaje de su interlocutor, ya tranquilizado por el pensamiento de que no se trataba mas que de una prueba, se arrojó y oró.

Cuando acabó de rezar, se levantaba haciendo la señal de la cruz, cuando cuatro picas le echaron muerto á los piés de Andrés.

No se hubiera dicho, que el alma de Margarita de Borgoña habia pasado toda entera en cuerpo á la muger de Carlos VI?

La infame ya no debia detenerse mas en ese camino, y ese mismo dia debia inmolar una nueva víctima.

Muchas veces en la mañana, el conde d'Evreux ya habia enviado inútilmente á algunas de sus gentes en busca del escudero Fernando, cuando fué llamado por el duque de Berry para ponerse á la mesa; porque comer y cenar era siempre el gran negocio de aquel principe, quien ciertamente era el mas gastrónomo de su época.

El duque de Orleans era el tercer convidado á la mesa del duque de Berry, donde ningun gran señor debia sentarse ese dia, porque el anfitrión tenia intencion de prolongar los placeres del festin, haciendo aparecer á los postres, tocadores de arpas y bailarinas españolas, que entonces causaban la admiracion de los grandes señores, y cuyas posiciones y movimientos lascivos daban por resultado transformar en orgías los banquetes que ellas amenizaban y en los que acababan por tomar parte.

Al principio todo pasó segun el programa.

A la orden del amo aparecieron músicas y bailarinas.

Las arpas sonaban ya, y los bailes habian comenzado, cuando de repente se oyó un cierto ruido al que siguieron estas palabras repetidas cada vez mas cerca:



—La reina!

El duque de Berry hizo callar las arpas y cesar las danzas, esperando que aquellos gritos no eran mas que una falsa alerta, y que acaso Isabel no pasaba cerca de allí, sino para ir á los pequeños aposentos, ó bien á la torre de Nesle, que era su residencia predilecta; pero apenas el ruido fué reemplazado por el silencio, cuando se abrió la puerta de la sala, y apareció en ella Isabel.

—Hermoso primo,—dijo al duque, quien se habia levantado precipitadamente,—da gusto venir á esta habitacion, de donde nunca es desterrada la alegría.

—Muy querida reina, muy felices seriamos si esta residencia os fuese siempre tan agradable.

—Y para eso, duque, no están de mas los brindes y las canciones... No queréis darme un lugar en el banquete?

El duque de Berry se apresuró á conducirla á su mismo puesto, y él se sentó á su izquierda, de manera que Isabel se hallaba colocada entre él y el conde d'Evreux.

Volvieron á comenzar las danzas y la música, y la exaltacion de la reina superó á la de los otros convidados.

Su seno se agitaba con mucha rapidez, sus ojos lanzaban relámpagos, y á veces en el estremecimiento de su cuerpo, sus dedos crispados se aferraban en la mesa.

La lascivia de los bailes aumentaba.

La música era mas rápida.

Los vinos mas exquisitos corrian á torrentes.

—Ah!—dijo la ardiente reina lanzando un ardiente suspiro,—me parece que es la primera vez que penetra el placer por todos mis poros!

Y se inclinó blandamente sobre el hombro del duque de Berry, mientras que á una seña de éste, dos de las mas encantadoras bailarinas de ojos negros y aterciopelados, fueron á sentarse al lado del duque de Orleans y del conde d'Evreux.

Pero éste, ofendido de la preferencia que Isabel daba al duque, se desprendió desdeñosamente de los brazos de la bella española, é incapaz de tener en ese momento la menor retentiva, tomó la mano de la reina, y atrayéndola hácia sí, la dijo temblando mas de cólera que de amor:

—Hermosa amiga, no me mirareis mas para que acabe de embriagarme con el fuego de vuestros bellos ojos?

Isabel se levantó como un arco tendido, cuya cuerda se rompe.

—Conde,—le dijo,—no teneis enfrente nuestras buenas gracias; sino que solo os admitimos en la parte que queremos daros.

—Señora y reina,—respondió Luis,—hay derechos adquiridos que un hombre de mi nombre no se deja quitar fácilmente, y el conde d'Evreux no debe ser juguete de nadie, ni de la reina misma.

A su vez Isabel se enfureció.

—Dos veces, desde ayer,—esclamó,—nos habeis hecho sangrientos ultrages; pero queremos perdonaros en razon de vuestra mala cabeza. Bebed, pues, á la salud de la reina, y dadla las gracias.

Mientras hablaba, una de sus manos se habia deslizado debajo de sus vestidos: la sacó para tomar su copa medio llena, encima de la cual estregó imperceptiblemente sus dedos, y la presentó á Luis.

Este se creyó triunfante.

Bebió á la salud de Isabel, y de un trago vació la copa que ella le habia presentado.

Pero, apenas la habia vaciado, cuando se escapó de su mano debilitada.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su pecho se agitó con esfuerzo, y luego su cabeza se inclinó gravemente hasta apoyarse en la mesa.

Los dos duques le creyeron ébrio.

—Hermoso primo,—le dijo el anfitrión,—bebeis mal; yo os creia mejor compañero de placer.

—Por Dios!—dijo el duque de Orleans,—si falta un monge no hay gusto en la abadía.

—Pues bien, duque!—esclamó Isabel, cuyo rostro por un instante sombrío acababa de recobrar su brillo,—y por esa frase obtendréis doble parte en vuestras buenas gracias. Venid, pues, á ocupar el puesto de ese desagradable convidado.

Los servidores tomaron al conde en su sillón, y le condujeron á la estremidad de la sala, y el duque de Orleans se apresuró á hacer uso de la lisonjera invitacion de la reina.

Lo que entonces pasó es indescriptible en el puro lenguaje de nuestros dias.

Un cronista escribió esta narracion en latin.

En cuanto á nosotros, creemos deber limitarnos á decir, que esa orgia fué mucho mas horrible que todo lo mas monstruoso que se hizo en ese género bajo la regencia, esa larga orgia que sucedió á la santurroneria de los últimos años del siglo XIV.

Pero las fuerzas humanas tienen límites, que no podrian retirar todas las excitaciones sobrenaturales.

Hácia la media noche, Isabel, jadeando, anonadada, se hizo conducir á la torre de Nesle, á fin de reposar algo allí.

Solo entonces fué cuando los duques de Orleans y de Berry pensaron en el duque d'Evreux á quien creían dormido.

El duque de Berry se acercó á él y le dijo:

—Hermoso primo, ya es demasiado reposo para tan poco trabajo. Abrid los ojos y volved á vuestra habitacion.

Viendo que Luis no respondia, el duque le tomó de la mano.

La tenia tiesa y helada.

Asustóse é intentó levantarle la cabeza, la cual cayó inmediatamente sobre el pecho del conde.

—Está muerto!—esclamó [retrocediendo espantado.

Mandáronse llamar médicos, y estos declararon que la muerte del conde debió haber sido muchas horas ántes, y la atribuyeron á un ataque de apoplejía fulminante.

El duque de Orleans, que estaba ébrio, recobró repentinamente su salud de espíritu al oír esa declaración.

Acababa de recordar que el desgraciado conde se habia desvanecido inmediatamente despues de haber vaciado la copa que le habia presentado la reina, y se acordaba del movimiento de dedos de la última, que habia notado.

Presentábasele la verdad.

Se convenció de que Luis habia sido envenenado; pero no dijo nada, y se retiró prometiéndose no olvidar ese acontecimiento.

La muerte del conde d'Evreux de apoplejía era bastante verosímil para que pudiera hacer sospechar algo.

Por otra parte, los cadáveres de Guillermo, de Fernando y de Arnóldo, habian sido echados al Sena, completamente desnudos y desfigurados, y esto era bastante para asegurar el reposo de aquella muger, quien con la conciencia cargaba con tres asesinatos, y con el cuerpo anonadado por la orgía, dormía tranquilamente á fin de prepararse á nuevos desórdenes.

Como ya se ha visto, el duque de Berry era poco escrupuloso en todas estas cosas y particularmente en el amor.

Ya se habia resignado fácilmente á dividir los favores de Isabel, y muy poco le importaba que se hubiese entregado al duque de Orleans, con tal que estuviera bien con ella.

Per su parte el duque de Orleans era demasiado profundamente corrompido para buscar otra cosa en el amor, mas que el libertinage desenfrenado que solo podía despertar los sentidos, y aun cuando hubiera sido de otro modo, el recuerdo de la muerte del conde d'Evreux hubiera sido bastante para que se manifestase lleno de condescendencia á la voluntad y á la desaprobación de la jóven reina.

Pronto, un acontecimiento estrechó mas los lazos que unian á la reina con el duque de Orleans.

Inmediatamente que se declaró la demencia de Carlos VI, sus tíos se apoderaron del poder.

Este acontecimiento no podia ménos que favorecer los desórdenes de Isabel; pero al mismo tiempo disminuía su poder, y las rivalidades de los príncipes impedían á menudo que se entregase al placer con el mismo abandono que ántes.

La reina resolvió hacer cambiar ese estado de cosas.

De fria y desdeñosa que se habia mostrado con el rey, desde que habia per-

dido la razon, se convirtió de repente en solícita, cuidadosa y atenta en agradecerle.

Los cuidados que le prodigó no tardaron en ejercer la mas feliz influencia: pareció que se disipaban las tinieblas que envolvian la inteligencia del monarca, y recobró bastante razon para encargarse de los negocios del reino.

Entonces Isabel aumentó sus cuidados.

—Mi amado señor,—le dijo un dia,—seguramente llegaron hasta Dios mis oraciones por vuestro restablecimiento, puesto que os vuelve á mi amor. Las querellas de vuestros tíos, me han afligido mucho durante todo el tiempo de vuestra enfermedad. Os suplicamos, señor, que no suceda lo mismo en el caso de que necesifeis de un absoluto reposo.

El rey comprendió perfectamente lo que le queria decir, porque, cosa estrañal aun en los momentos de su demencia, tenia la conciencia de su estado, y aun asistia al consejo de regencia, donde daba pruebas de muy sábias miras; pero el menor incidente bastaba para que volviera á su estravío mental.

—Mi muy querida esposa,—respondió,—lo que decís es cierto y prudente, y puesto que dáis tan buenos consejos, queremos saber vuestra opinion para escoger el regente, en caso en que Dios nos envíe una nueva aficcion.

Por un capricho inexplicable, quien al principio no se habia entregado al duque de Orleans mas que por una depravacion y por saciar los deseos carnales que la devoraban, despues se enamoró violenta y verdaderamente de ese príncipe, hasta el punto de que, si se lo hubiera escigido, le habria sacrificado todos sus demas amantes.

Dijo, pues, á Carlos que de todos los príncipes de la sangre, ninguno le parecia mas capaz que el duque de Orleans, para gobernar bien y con prudencia.

—Vamos á hacer un edicto real en ese sentido; pero queremos mi muy querida reina, que seais regente con él, y que tengais un poder legal, de suerte que nada pueda hacerse sin que ambos estén de acuerdo.

Isabel habia pensado tambien en eso y la encantó que el rey tomara la iniciativa en ese punto.

El edicto fué dado y pocos dias despues, el rey volvió á caer en la mas completa demencia.

Desde ese momento, Isabel dividió su tiempo en dos partes, ambas consagradas al placer.

El palacio de Vincennes fué reputado como su residencia ordinaria, y en efecto, allí tenia su corte; pero aparecia frecuentemente en el hotel de Nesle, y en este último lugar era donde mas habitualmente conferenciaba con el duque de Orleans.

El duque de Berry era admitido á menudo en esas conferencias.

Desde entonces ya no fué mas que el confidente de la reina, y su amor á la paz y á la vida sensual, hizo que se conformara con este papel.

ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Hemos dicho mas arriba cuál habia sido la conducta del consejo de regencia durante la menor edad de Carlos VI, y particularmente la del duque de Orleans, quien á mano armada saqueaba las cajas públicas, y se hacia cómplice de los monederos falsos.

A pesar de todo eso y aunque poseía bienes inmensos, este príncipe estaba continuamente sin dinero; tan grandes así eran sus prodigalidades.

Por su parte, Isabel, tenia muchos y costosos caprichos, y la necesidad en que se habia puesto de tener servidores adictos y discretos la obligaban á pagarles muy caro.

Isabel y el duque de Orleans, convertidos en dueños de la Francia, se ocuparon en establecer nuevos impuestos, aunque el pueblo estaba ya en la miseria, porque ademas de los impuestos ordinarios, habia aún otros para la guerra, subsidios, gabelas, &c., &c., (1).

Pero no bastaba decretar impuestos, era preciso recogerlos, y era muy difícil hacer pagar á gentes á quienes se habia quitado todo, de modo que la reina y el duque estaban sin cesar buscando espedientes.

Un dia que estaban en consejo en casa del duque de Berry, quien habia sido llamado para dar su opinion sobre los medios de tomar ó procurarse dinero, habló de alterar las monedas, espediente desastroso de que se habia recurrido bajo los reinados anteriores.

Isabel acogió el proyecto; pero el duque de Orleans lo desechó.

—Ese recurso no puede ser sino débil y de corta duracion,—dijo,—porque despues, fuerza nos será recibir piezas de oro y de plata, al precio que las hayamos elevado, ó por todas partes tendremos asonadas y sediciones, costandó reprimirlas mas que lo que haya producido el espediente.

—Esa no es razon que debe detenernos,—repitió la reina,—porque no hay sedicion en el pueblo en que no se mezclen los ricos, y de esos podremos tomar nuestros derechos porque tienen mucho que tomarles: lo que se necesita es hacer bien las cosas, para que esa sedicion valga un impuesto.

—Y, de cualquier modo que lo hagais,—observó el duque de Berry,—no sanjaréis á las gentes sin hacerlas gritar.

—V eso es lo que queremos,—repitió el regente.

—Ahl hermoso amigo,—esclamó Isabel,—os besaré los dos ojos si haceis tan buen trabajo.

—Esa es deuda que mi querida amiga puede pagarme de antemano, porque la cosa es de las mas fáciles, según lo vais á ver.

Pues bien, en ese momento habia en las prisiones del Châtelet un monedero falso que parecia no poder escapar de la horca.

(1) FELIBIEN, *Historia de la ciudad de Paris*.

Era un antiguo hermano del *Hôtel del Louvre*, según se llamaba entonces á los monederos porque entonces la moneda se hacia en el Louvre.

El monedero falso de quien hablamos se llamaba Papelón.

Jóven, inteligente, audaz, habia adquirido grandes conocimientos en metalurgia, y se habia servido de ellos para hacer una grande y rápida fortuna, trabajando por su cuenta en la fabricacion de toda clase de moneda, en la que el oro y la plata no entraban sino en muy pequeña cantidad, y las que sin embargo tenían el peso requerido, gracias á una liga cuyo secreto él solo conocia.

Papelón, desgraciadamente para él, era uno de los hombres insaciables que nunca saben detenerse á tiempo.

A medida que se habia enriquecido, habia estendido sus relaciones, y héchose jefe de una banda numerosa que obraba en muchos puntos del reino, y tambien en el extranjero, lo cual le obligaba á hacer largos é incesantes viages; porque no queriendo confiar su secreto á nadie, era preciso que asistiera á la fundicion de la materia en los diversos talleres interiores que habia establecido.

Muchas veces habian sido cogidos hombres de su banda, y habian hecho revelaciones que habian permitido á la autoridad, apoderarse de algunos de esos talleres clandestinos, y eso no habia impedido á Papelón que continuase sus operaciones.

Por último fué sorprendido en flagrante delito, y á pesar de su resistencia desesperada que habia costado la vida á dos de los agentes encargados de arrestarle, se logró aprehenderle y llevarle al pequeño Châtelet, de donde no podia esperar salir sino para la horca.

Este era el hombre á quien el duque de Orleans tenia la pingüe idea de encargarse que abasteciera de nuevo los cofres reales.

Mandó, pues, que le llevasen inmediatamente á su presencia, no queriendo, decia, hacer un misterio de los detalles de su empresa, ni á su amiga la reina, ni á su tio de Berry.

Grande fué la sorpresa de Papelón, cuando le sacaron de la prision sin haberle leído su sentencia; pero fué mucho mas grande aún cuando se vió en el hotel de Nesle, en presencia de la reina y de los dos duques, á quienes conocia perfectamente, habiéndoles visto muchas veces en el Louvre donde habia trabajado.

Isabel le dirigió una mirada escrutadora que le fué favorable, porque era un hermoso mancebo de veintiocho años cuando mas; unos ojos vivos y bien rasgados, hacian dulce el aspecto de su rostro, ligeramente moreno; sus facciones eran regulares y bien acentuadas, y su cabeza bien colocada sobre sus anchos hombros, todo lo cual debia impresionar á una muger del humor de la hermosa reina.

—Hola, maese ladron,—le dijo el duque,—queremos saber de tí qué sumas de piezas falsas han pasado de tus manos á las escarcelas de los súbditos del rey, y aun á los cofres del Estado.

—Monseñor,—respondió Papelón sin manifestar temor,—no he tenido tiempo

ni voluntad de llevar el registro, porque no creí que fuese cosa que os agrada, pero me parece que el todo puede subir á cien mil escudos de oro, y á trescientas mil libras en plata.

—Cáspita!—esclamó el duque de Berry,—mi gobierno del Langüedoc, no me valió en diez años esa suma.

—En efecto, es un objeto precioso,—dijo el regente, que sabia algo por experiencia; y que le llevaria léjos si no encontrase quien le cortase la cuerda en el camino.

—Es un castigo muy duro,—dijo Isabel que se sentia dispuesta á perdonar mucho á ese gran culpable, y en el que debian pensar mejor los monederos falsos.

—Oh! señora y reina,—replicó Papelón,—el señor duque sabe bien que no á todos se les ahorca.

Isabel soltó una ruidosa carcajada.

—Bueno,—dijo en voz baja el duque de Berry,—el bribon tiene agudeza; no le faltaba mas que eso para ser enteramente el asociado del hermoso amigo.

—Siempre es cierto, caza del diablo, que las gentes como tú, no sirven mas que para eso.

—Y para otra cosa mas, si os parece, monseñor, sin lo cual, no tendria hoy la felicidad de estar en presencia de tan nobles personas.

En efecto, el atrevido pícaro habia comprendido que no le habrian llevado á ese lugar tan alto, si no se quisiera obtener de él alguna cosa.

—Vamos,—dijo Isabel,—será preciso dejar la vida á este mancebo, con tal que prometa abstenerse de nuevas maldades.

—No os disgusteis, mi muy querida amiga; pero precisamente queremos pedirle todo lo contrario..... Veamos, perverso, nos prometes servirnos como gustemos, si te concedemos la vida?

—Monseñor, mi mayor deseo es agradaros.

—Dime, habiendo puesto en circulacion una suma tan gruesa, estando bajo el poder de la justicia, cuánto tiempo necesitas para emitir una suma doble y de la misma ley, sin que tengas que temer ni ugieres, ni sargentos, ni verdugos?

—Si me ayudais, monseñor, es cosa que haré en ménos de la mitad del año.

—Harémos lo que convenga, y desde hoy, vamos á establecerte en nuestro hotel de las Torrecillas, donde no tenemos mas que pocos muebles y ninguna gente.

—Y seguramente me daréis, monseñor, un salario conveniente, porque tendré que pagar á quien me ayude, y tambien es preciso que inmediatamente vuelva yo á vivir como hombre de bien.

—Mala muerte te ahorque, ladron, que de diablo te quieres hacer ermitaño á costa nuestra. Vamos, villano, proveeremos á todo, como estemos contentos de tu oficio.

Por increíble que esto parezca, nada es mas esacto, y podriamos citar buen número de autoridades que confirman esos hechos.



Los principales historiadores están de acuerdo en presentar al duque de Orléans, durante la demencia de Carlos VI, como un ladrón de caminos reales, y como el mas famoso cómplice de los monederos falsos de aquella época, y sobre esto las crónicas están llenas de detalles.

El hotel de las Torrecillas de que acabamos de hablar, estaba situado en la calle de San Antonio, en frente del hotel de San Pol ó S. Pablo, sobre el sitio ocupado hoy en parte por la plaza real.

Pedro d'Orgemont, canceller de Francia, lo habia hecho edificar en 1390.

Pedro d'Orgemont, su hijo, obispo de Paris, lo vendió, el 16 de Mayo de 1402, al duque de Berry, hermano de Carlos V y propietario del hotel de Nesle, por la suma de catorce mil escudos de oro.

El duque de Berry, dejó inhabitado el hotel de las Torrecillas, y poco tiempo despues, lo cedió al duque de Orléans, quien lo vendió al rey, en 1417.

En ese hotel fué, pues, donde el duque instaló al monedero falso Papelón y á sus ayudantes.

Todos los dias se les llevaban abundantes provisiones de boca, porque el duque les habia prohibido, bajo pena de muerte, salir sin un permiso espreso de su parte.

Las cosas fueron á satisfaccion del triunvirato gobernante.

En ménos de cuatro meses, la Francia y una parte de la Alemania estuvieron inundadas de moneda falsa.

Los receptores y perceptores, á quienes se habia tenido cuidado de enseñar el medio de conocer esa moneda, no la recibian, de suerte que á ménos de Isabel y de los dos duques, llegaban sumas enormes, sin gravámen del tesoro.

Nunca, como en esa época tuvo mas esplendor el hotel de Nesle; nunca como entónces, se prodigaron tan rápidamente en él, tanto la plata como el oro.

Los desórdenes de Isabel habian alcanzado fabulosas proporciones; pasaba los dias en el palacio de Vincennes, y las noches en la torre de Nesle.

Con todo, alguas veces pasaba muchos dias y muchas noches, sin salir de ese último lugar, donde el duque de Orléans se mostraba su digno émulo.

Lo mismo que Margarita de Borgoña, esta nueva Mesalina, atraia, ó hacia llevar á viva fuerza á los estudiantes, á los jóvenes señores, quienes no entraban en aquel lugar y no salian de él sino con los ojos vendados.

El duque hacia lo mismo con las jóvenes que tenian la desgracia de agradar á sus ojos.

Todos se reunian, y lo que entonces pasaba no podría describirlo ninguna pluma.

Es verdad que esos dos infames no habian llegado aún á asesinar cuotidianamente á los desgraciados instrumentos de sus horribles placeres; pero salvo eso, la reina de Navarra era mucho inferior á ellos.

Tal era el estado de cosas, cuando un concierto de maldiciones y de imprecaciones se elevó de todos los puntos del reino.

